

Ideas

“El progreso no es más que la realización de utopías”
(Oscar Wilde)

Con la perspectiva de los 80 años transcurridos, algo más de cinco generaciones, se puede afirmar que la Revolución Española que ahora conmemoramos ha demostrado que la verdadera Política, con mayúscula, es un ecosistema humano en el que el anarcosindicalismo insurgente representa uno de sus principales agentes polinizadores.

Para ello me referiré sobre todo a la herencia que las generaciones presentes han recibido de los hombres y mujeres que protagonizaron aquella revolución libertaria. Un legado que en buena medida sigue vivo en este primer tercio del siglo XXI, porque como sugiere el título de un valioso estudio sobre las colectividades, aquellas personas “trabajaban para la eternidad”. Y ello es así porque con su firme acción transformadora quebraron el cortoplacismo que caracterizaba y caracteriza a la política convencional. De ahí la pertinencia de esta reflexión en el marco de la actual y persistente crisis de un capitalismo terminal, en la medida en que ya nunca más podrá hablar de “progreso” ni de “igualdad de oportunidades”. Por eso, parafraseando un hermoso verso de Constantin Kavafis, deberíamos tener siempre a Itaca en la memoria.

Me refiero a una revolución social, quizás la primera de ese calado habida en la historia. Una mutación integral que incorporaba un proceso instituyente para reponer los valores humanos suplantados durante siglos por los múltiples aparatos del poder. Semejante apuesta, interpretada desde nuestra óptica, ha permitido verificar que lo que despectivamente se denomina utopía es en realidad lo racional y justo, y que, por el contrario, lo que tradicionalmente se considera como positivo y normal constituye una flagrante distopía (el mal coronado) que legítima lo irracional y arbitrario como *modus vivendi* consentido.

Aquella revolución cuyas huellas exploramos innovó el “derecho” de abajo arriba, entendiendo el término “derecho”, según la definición del romanista Von Hering, como “un organismo objetivo de la libertad humana”. Esta es la orgullosa subversión de valores, el radical cambio de paradigma que aquella iniciativa anarcosindicalista representó. Entonces hubo ruptura epistemológica respecto a la superstición jurídica hegemónica del Estado; refutación del pensamiento mágico dominante de la Iglesia y conculcación de la servidumbre voluntaria con que



El legado de la Revolución Española

RAFAEL CID

ambos agentes y el Capital adoctrinaban a las clases populares.

En resumen, la resocialización desde la autonomía personal por la que combatieron los anarquistas españoles del 36, mientras estuvo vigente (mucho más tiempo que ese “cálido y corto verano” que acota en su obra Hans Magnus Enzensberger), anuló la heteronomía reinante a lo largo del proceso civilizatorio que va desde el *zoon politikon* al *homo oeconomicus*. Como pocas veces en la historia, entonces vida e idea estuvieron unidas en una misma experiencia emancipadora.

Sobre la guerra civil española circulan tantas versiones como observadores ha tenido. Se puede explorar desde el lado militar, el conflicto entre los partidarios de un ejército regular, y los que pensaban en la lucha de guerrillas como mejor medio para derrotar a Franco. O desde la vertiente ideológica, la pugna entre socialistas autoritarios (socialdemócratas y estalinistas) y antiautoritarios (el movimiento libertario CNT-FAI y el POUM), que venía a reproducir setenta años más tarde las tensiones de la Internacional. Pero todas ellas caben en un solo relato: la gesta de un pueblo en armas que supo frenar la acometida del fascismo internacional y al mismo tiempo activar un proceso de colectivización de los rellenos agrícolas, industriales y comerciales nunca antes conocido. Era la segunda vez en el siglo XX, después del Octubre Ruso del 17, en que el determinismo marxista sobre la preeminencia de la revolución en los países industriales era desmen-

tido en la práctica. Pero en esta ocasión, el impulso partía del pueblo llano autoorganizado, sin líderes carismáticos ni partidos guía como abanderados.

Ofreceré unas pinceladas en torno a aquella movilización general que sirvan para enmarcarlo en mi exposición. Ahí van algunas cifras. En el año 1937 existían unas 2.000 colectividades en el territorio controlado por la república, contabilizándose en cerca de 3 millones las personas afectadas, de una población total en la zona de 12 millones, que se reducía solo a 5 millones si consideramos únicamente a la gente real y económicamente activa.

Estos datos demuestran el nivel de compromiso del proceso en marcha y adquieren una dimensión reveladora en el caso concreto de las colectividades en la región de Aragón. No solo por la cuantía de su autogobierno (más del 60% de la tierra: 450 colectividades de los sindicatos CNT y UGT, y entre 300.000 y 433.000 habitantes), sino porque precisamente fue aquel el único tramo de frente arrebatado a los militares golpistas. Otra prueba elocuente de la mayor eficacia del esfuerzo de guerra cuando la población siente que lucha por defender lo que considera suyo.

No es de extrañar que fuera entre las colectividades aragonesas donde se alcanzaran los mayores éxitos. Algunos historiadores, teniendo en cuenta los avances allí introducidos, y comparándolos con la mísera situación que hasta entonces había padecido el campesinado, han llegado a calificar esa contribución de “estado de bienestar”

(aquí sin la E mayúscula de Estado). Veamos unos ejemplos: se amplió la mecanización agrícola en un 50% respecto a la etapa anterior a la guerra; se introdujo el salario familiar en sustitución del jornal individual para atender a las necesidades reales de los colectivistas; se importaron nuevos tipos de semillas para mejorar la producción; se tendieron nuevas redes de teléfonos; se implantó la jubilación a los sesenta años... todo ello en escasos once meses y bajo la amenaza permanente del ejército sublevado. Aunque serían las tropas comunistas al mando de Enrique Lister las que violentamente disolverían las “colectividades de trabajo y ayuda mutua” aragonesas.

Llegados a este punto, la pregunta no es tanto por qué los estalinistas acabaron por la fuerza con la mayor expresión constructiva de la revolución española, sino por qué los agentes de Moscú terminaron haciendo el trabajo sucio de los nazifascistas, a los que por otro lado combatían en las trincheras. La respuesta radica en que el tipo de sociedad autónoma que representaba el proyecto libertario rompía con la concepción centralista y verticalista del poder, al subordinar las principales decisiones al criterio y deliberación de la comunidad, en contra de las cúpulas del Partido Único y del Estado totalitario. Este chocante parentesco ideológico entre los extremos tendría su manifestación más macabra en el hecho aún no suficientemente reflexionado de que cinco meses después de que Franco ganara la guerra, Hitler y Stalin se aliaran para invadir y repartirse Polonia

y los países bálticos, en lo que sería el prólogo de la Segunda Guerra Mundial.

Hoy en día, con la ventaja que da ver la historia a través del espejo retrovisor, ya sabemos en qué quedó la experiencia de setenta años ininterrumpidos de “socialismo de Estado” en la Unión Soviética. Es arqueología recalitrante. Por el contrario, de igual manera a lo ocurrido en el 36 español, en fechas recientes hemos visto desplegadas formas de contestación y de oposición ciudadana en España y otros países mediterráneos que se inspiran en los valores de aquella trunca revolución libertaria. Bien sea para disputar la crisis financiera, el despotismo democrático o las políticas homicidas de ajustes y recortes decretados por la Troika. Ciertamente, la nueva disidencia surge desde la confrontación con la realidad vigente, y sus hacedores responden al marco de sus propias necesidades, intereses y afectos. Pero, aun así, en lo esencial, se reconoce producto de aquella orgullosa polinización libertaria.

Ciertamente nos encontramos ante dos culturas dispares, como corresponde a generaciones sometidas a una aceleración histórica exponencial que agranda continuamente el marco espacial, pero que asumen principios de la misma estirpe ideológica. El proletariado militante de ayer se definía por su anticapitalismo, la sexualidad libre, el antitlericalismo, el naturismo, el antiautoritarismo, la promoción del esperanto, el feminismo, el apoyo mutuo o el antimilitarismo, y los antisistema contemporáneos destacan por asumir muchos de esos roles y además nuevos retos que van desde el ecologismo a la inclusividad de género, etnia, religión o color, pasando por el pacifismo, la denuncia de la precariedad existencial y de las minorías oprimidas, el veganismo o el animalismo. Existe, pues, un sincretismo entre ambos modelos que hoy se visualiza con una mayor implicación en lo personal. A la casi exclusiva acción de rechazo, que caracterizaba al activismo de antaño, se ha incorporado una contundente proactividad de lo que se desea. Es la vieja “propaganda por el hecho”, que tras pervertirse la expresión como sinónimo de brutalidad indiscriminada, convenimos en denominar ejemplaridad. Acción directa en su plenitud: sin escudarse en teorizaciones ni vanguardias que allanen el camino. Prefigurando en el diario vivir el ideal de sociedad que se ambiciona. El relanzamiento del principio de responsabilidad que llevó a inscribir en los estatutos de la Primera Internacional “no más deberes sin

derechos, ni más derechos sin deberes”, y al eminente libertario Ricardo Mella a proclamar “la libertad se educa con la libertad, la solidaridad con la solidaridad y la igualdad con la igualdad”.

A menudo pienso, si se me permite la osada extrapolación, que aquellos anarquistas de la revolución española son como los atenienses de la era Pericles que inventaron la democracia. Unos y otros fueron vencidos en el campo de batalla, pero los dos, con todos los defectos, errores y limitaciones, crearon formas nuevas de relación social, más libres, justas y dignas, rompiendo los tabús que hasta entonces les mantenían en la oscuridad de la caverna. Los antiguos griegos descubrieron la autonomía política como respuesta a la derrota infringida por Esparta en la Segunda Guerra del Peloponeso, como recuerda Tucídides en la *Oración Fúnebre*. Los libertarios de la quinta del 36 también lucharon y cayeron, pero su trágico destino ha resultado ser el humus que fecunda nuevas rebeldías radicales. A su modo, ambos episodios seguían los pasos de lo que pronosticó Pierre Joseph Proudhon en su libro canónico *¿Qué es la propiedad?*: “Devolved a los hombres la libertad, iluminad su inteligencia a fin de que conozcan el alcance de sus contratos, y veréis la más perfecta igualdad iluminando sus cambios, sin consideración alguna a la superioridad de talentos”.

Sin duda ese salto olímpico de veinticinco siglos no autoriza a ir más allá de la metáfora en las semejanzas. El mundo globalizado del capitalismo neoliberal es infinitamente más complejo, poderoso y mortífero que el pisado

por aquellas gentes que tuvieron la audacia de empezar a pensar por sí mismas más allá de los mitos. Entre otras cosas porque hoy el adversario anida en nosotros mismos desde el momento en que, inevitablemente y en mayor o menor medida, somos criaturas de una sociedad capitalista, la única existente. Ese “Dios mortal” del que hablaba Thomas Hobbes en el *Leviatán* refiriéndose al Estado, convive con el “Dios inmortal” de siempre y hace extraordinariamente difícil la



Los libertarios de la revolución española nunca representaron a la mayoría de la población, pero eran portadores de los valores que muchos en su fuero interno anhelaban

tarea de la emancipación personal y colectiva.

El Estado se ha hecho algo intuitivo (como la aplicación de un móvil) para la gran mayoría de la población, que lo considera como parte del paisaje. Representa el nuevo “estado de naturaleza” que debemos superar para realizarnos. Esa estructura heterónoma “a través de la cual se piensa”, en expresión de Michel Foucault. Aunque para otros pensadores formados en el psicoanálisis, como Cornelius Castoriadis y Eduardo Colombo, la clave del conflicto radica en lo que califican de “el imaginario social insti-

tuido”, lo que el padre del término “anarquía”, Proudhon, definió mucho antes como “la percepción espontánea”.

Todo lo cual no significa que el artefacto Estado sea eterno ni invencible. Solo que ahora se necesitan otras herramientas para deslegitimarlo y anularlo. Y aquí otra vez confluyen las dos tradiciones expuestas con su propuesta de una *vis formandi* (fuerza de creación) capaz de romper las ataduras que, como a Ulises, nos ligan a ese “síndrome de Estocolmo” que validamos al respirar como ciudadanos de un Estado. Esa palanca destituyente reside en algo tan próximo y necesario como la libertad. Una libertad que, según Mijail Bakunin, no existe más que cuando nuestra libertad se enriquece con la libertad de los demás. La libertad que rompe el yugo de la tolerancia de lo permitido que Hans Kelsen, primero, y, luego, Isaac Berlín concibieron como “libertades negativas”, por ser una concesión estatal, y que el neoliberalismo rampante ha encriptado como un atributo mercantil.

Seguimos reivindicando, pues, ese programa de socialismo libertario contenido en la fórmula bakuninista “libertad sin socialismo es privilegio e injusticia y socialismo sin libertad, esclavitud y brutalidad”, que ha dotado históricamente al anarcosindicalismo de una especial sensibilidad para denunciar los abusos de toda índole y formas de explotación y opresión allí donde tuvieran lugar. Quizás por el grado virtuoso que supone la experiencia no delegada, esa suerte de obediencia debida, patología de la vida reglada que no escapó a la crítica del jurista Kelsen al sostener en su *Teoría*

Pura del Derecho que “la obli-gación de la norma anula la responsabilidad ética del ser”. De ahí que uno de los lemas de la Primera Internacional fuera “no más deberes sin derechos ni más derechos sin deberes”.

Para finalizar, una opinión sobre los peligros que acechan al plural del movimiento libertario, ya tenga pedigrí o sea un verso libre sin apellidos ni genealogía, cuando cae en la tentación de la eficacia, buscando hacerse mayoritario o promoviendo atajos mediante acciones contrarias a la ética. El ideal anarquista entraña una tarea de largo aliento que no pueda estar sometida a un código de utilidades. En ese sentido, tan pernicioso puede ser quemar etapas con actitudes tremendistas como rebajar los principios para obtener la aprobación de las masas. La verdadera creación requiere empatía, fecundación y gestación.

El anarquismo fue siempre minoritario y siempre lo será mientras siga existiendo como tal. Lo que no está reñido con llegar a tener un ascendente social decisivo. Los libertarios de la revolución española nunca presentaron a la mayoría de la población, pero eran portadores de los valores que muchos en su fuero interno anhelaban. Porque la generación que hizo posible la hazaña de las colectivizaciones no brotó por generación espontánea. Precediendo a esos hombres y mujeres abnegados, existieron otras personas que crearon las condiciones propicias para lo que luego vendría. Los trabajadores que fundaron la Confederación Nacional del Trabajo en 1910; los que pusieron en marcha decenas de escuelas racionalistas, cientos de ateneos obreros, numerosos dia-

rios, revistas y publicaciones (la revista *Mujeres Libres*, fundada en abril del 36, tenía una tirada promedio de entre 50.000 y 60.000 ejemplares).

Todos los que “trabajaban para la eternidad” hicieron posible doblar el panóptico cognitivo y cultural del Estado, la Iglesia y el Capital. Con ese espíritu en su conciencia, Buenaventura Durruti, que era hombre de pocas palabras, afirmaría en plena guerra: “llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones que crece a cada instante”. Nosotros, los que como seña de identidad renegamos de que la única forma permitida de interesarse por lo público sea votar cada equis tiempo, dando así el consentimiento para privatizarlo, lo queramos o no, somos sus herederos, y es nuestra responsabilidad conservar, ampliar y transmitir ese patrimonio con el sello personal del aquí y ahora.

Concluyo con un idea de Castoriadis que creo expresa con mérito y lucidez la encrucijada en que nos encontramos aquí y ahora: “Trabajar para preservar y ampliar las posibilidades de autonomía y de acción autónoma, así como trabajar para contribuir a la formación de individuos que aspiran a la autonomía y ampliar su número, es ya una obra política, y una obra de efectos más importantes y duraderos que ciertas clases de agitación superficial y estéril”.

(Nota. Este texto fue la base de la ponencia presentada por el autor en la 1ª Fiesta Rocinante, el pasado 15 de octubre en Atenas, durante los actos organizados por el colectivo libertario griego Iniciativa Anarcosindicalista para reflexionar sobre el 80 Aniversario de la Revolución Española).

ROJO NEGRO

En DIRECTO
El segundo
martes
de cada mes
DEBATE

El cuarto
martes
de cada mes
LUCHA

CANAL 33 MADRID

UHF de los canales 45 y 57 de la TDT de Madrid o en la web rojoynegrotv.org

@rojoynegrotv